



LA OPINIÓN

FERNANDO SÁNCHEZ

Origami modular

A mis muy apreciados lectores les comentaba el miércoles pasado la intensa relación de la Universidad de Salamanca con Japón, hasta tal punto que disponemos de un Centro cultural Hispano Japonés, activo donde los haya, que genera las más variopintas actividades, algunas de las cuales no dejan de sorprenderme. Creado en 1999, persigue favorecer la cooperación entre Japón y España mediante intercambios académicos y culturales. Como me parece un centro singular, llamativo, diferente a lo habitual, y del que aprendo un montón de cosas para mi cultura general, siempre que puedo sigo de cerca sus peripecias y leo sus resúmenes de actividades.

Entrando en su página web uno puede enterarse del concepto de pintura Sumi-e, de las habilidades necesarias para la papiroflexia oriental y de todo lo necesario para ser un buen samurái e incluso un hidalgo español. La última información aprendida sobre el tema me ha dejado impresionado, ya que resulta que la papiroflexia se denomina origami, pero, pásense, aparte de crear figuras de animales u objetos, hay una categoría denominada origami modular, que consiste en crear un modelo final, muchas veces una esfera, componiendo varias unidades idénticas, existiendo talleres para aprender la técnica en cuestión a disposición de la tropa universitaria.

Si les soy sincero Japón es un país que me entusiasma y que les recomiendo no abandonen este mundo sin conocerlo. Es otra cultura, otra manera de ser que rompe nuestras ideas sobre muchas cosas con sus costumbres, sus gentes y los criterios laborales y familiares que chocan frontalmente con lo nuestro, con lo de siempre. Como somos dos traseros inquietos, tal para cual, hace unos añitos para allá que nos fuimos tan contentos mi idolatrada esposa y yo. Como ella es la versión femenina de Indiana Jones y yo un *mandao*, nos adentramos en islas pequeñitas bien metidos en el Pacífico, en plan aventura total. Retomamos el lenguaje por señas aprendido en la infancia, porque en esos lares paradisiacos no hablan español, no hablan inglés, no hablan na-

da, simplemente emiten unos sonidos guturales incomprensibles para el resto de los humanos, pero eso sí, sonríen y se rompen el espinazo saludando sin parar, como si no hubiera un mañana. En la primera choza-restaurante que pudimos comer algo, después de dos días de viaje dignos de la Odisea (sin llegar a Ítaca), me pusieron un pez que me miraba y boqueaba, si bien dudé si se me había ido la mano con el sake o si el *jet lag* pasaba factura.

Meses más tarde vi en la televisión, para mi tranquilidad psiquiátrica, que era tradición de las islas de la zona freír el pescado vivo dejando la cabeza fuera del aceite tapada con un paño, para demostrar que es fresco (jope con las costumbres!). Y qué contarles de la aventura de necesitar un cuarto de baño y al entrar descubrir que es de características orientales. Es una experiencia inenarrable que prefiero que si no la conocen, vivan por ustedes mismos, aprenderán el nuevo sentido astronómico de agujero negro. Menos mal que a mejor se va de maravilla, porque después de unos inolvidables días de palmeras, selva, humedad asfixiante y peces boqueantes, nos fuimos para Tokio, que otra cosita es, ya que por lo menos en el Hotel hablaban inglés, había cuartos de baño occidental *style*, con chorrito de agua incluido, y los bichos estaban muertos antes de comértelos, como en Andalucía en el Romerijo, incluso tienen varios Kentucky fried chicken, que la vida nos dio. No se la pierdan, ciudad distinta y de ensueño, aunque andar por las calles era complicado porque se mueven unidireccionalmente en manadas, y si te pillan no escapas y a saber dónde acabas, pero amables *ad nauseam*, te acompañan al metro, te sacan los billetes y, cómo no, se siguen riendo y rompiendo la columna.

La degustación de sushi en un restaurante giratorio elevado sobre la noche iluminada de noche de Tokio, aunque nos hicieron quitar los zapatos, y nos afeitaron muchos yenes, está grabada en nuestras mentes de por vida. Así pues no lo duden, vayan unos días a Japón, no se arrepentirán, se lo aseguro, buena gente, buen país y ¡peces interactivos en la comida! ||